

¿FIN DE CICLO O CONTINUIDAD?

31 mayo 2020

Mucho se habla de la influencia que puede tener la crisis sanitaria del covid-19 y la subsiguiente económica por la paralización voluntaria de la actividad en buena parte del mundo sobre el futuro de todo el planeta. Hay opiniones para todos los gustos, que van desde que lo cambiará todo a que no va a modificar prácticamente nada; también están los que, partiendo cada cuál de sus deseos, ideología o posición vital, afirman que los cambios deberían ir por aquí o por acullá sin mucho análisis previo y sin más información, ya digo, que sus inclinaciones personales.

En general, los opinólogos a los que he leído **son menos científicos cuanto más precisas son en sus afirmaciones**, así que he tomado la decisión de no perder mucho tiempo en darle vueltas a la cabeza sobre el particular. Una de las opiniones más sensatas que me han llegado, la de un científico estadounidense que se definía como **darwinista** (este término seguro) **social** (este no tengo tan claro que fuera esa u otra palabra similar), **rechazaba rotundamente decir nada sobre el futuro** (tampoco recuerdo el motivo, pero, seguramente tenía algo que ver con que es imposible manejar todas las claves de la evolución de la naturaleza una vez que ha llegado al nivel de stress en el que está) y se dedicó a profundizar en aspectos que, poco a poco pero con la insistencia de una gota de agua malaya, están aumentando ese nivel de stress. Y esto es de lo mejor que he sacado de estos casi tres meses de hibernación obligada, junto a una mayor valoración de la tranquilidad, del sosiego, de la convivencia con los vecinos y de la libertad personal equilibrada con el respeto por todos los que son capaces de tenerlo por los demás, así como el incremento de las ganas de hacer cosas que puedan ser de alguna utilidad pero, al mismo tiempo, el **deseo de huir del “ruido”** que se está produciendo constantemente por todos lados sin ningún sentido, pero, eso sí, **impidiendo la reflexión** allá donde se impone.

Las reflexiones de este científico estadounidense empezaban por señalar que el género humano ha llegado a ser el animal de gran tamaño (que se complementa con su elevada inteligencia) que más se ha extendido por el planeta, entendiendo esa extensión no solo por el espacio ocupado sino también por el número de individuos que hemos alcanzado a ser, y que es nuestra invasión de todos los espacios habitables del planeta lo que provoca el crecimiento de los riesgos en forma de pandemias, catástrofes naturales y el cambio climático en marcha. Cuando, en este momento, le plantea su entrevistador si esto puede entenderse como que “el planeta se defiende” de los ataques de la humanidad (expresión muy utilizada por algunos de los opinólogos a los que antes me refería), la rechaza diciendo, más o menos: **“yo soy un científico darwinista, no puedo aceptar que se**

personalice lo que es el funcionamiento de la naturaleza". A esa altura de la entrevista, recordé a otro científico, creo recordar que James Lovelock, el que se decía, hace años, que fue quien acuñó la palabra "**gaia**" para referirse al planeta Tierra, a quién leí dos cosas hace unos veinte años: una, que, tal y como había evolucionado la humanidad, en ese momento defendía la energía atómica para sustituir los recursos que ahora extraemos a la tierra (petróleo, carbón...) para generar la energía que utilizamos, y la otra, que el planeta no da ya recursos para sostener la vida de los alrededor de 7.500 millones de personas que vivimos en él y que la cifra de población ideal debía estar alrededor de los 2.000 millones.

Seguramente estas consideraciones habrán sido contestadas por otros científicos o habrá otros que, planteando modificaciones parciales (las fuentes energéticas sostenibles, el vivir más de acuerdo con la naturaleza...) estimen catastrofista esa visión. Imposible saberlo, no como esos opinólogos que lo saben todo y, además, todo lo que dicen les concuerda con sus esquemas mentales (ideológicos) de cómo debe ser la sociedad, aunque, seguro, alguna vez le salen las contradicciones a la hora de aplicar los esquemas a los asuntos que deben afrontarse en el día a día.

Sea lo que sea, lo cierto es que para que las políticas que hoy tienen que aplicarse contra los grandes problemas de la humanidad (veremos a ver si el cambio climático o las pandemias es el primero, pero luego están muchos otros, sea las condiciones de vida en los países en peor situación, los conflictos étnicos, las tribalizaciones...), **la gobernanza mundial debe cambiar**; no puede ser que existan doscientos gobiernos haciendo cada uno lo que le da la gana (algunos con más capacidad para ello que otros, lógicamente), ni tampoco puede ser que, ya que existe un embrión de gobierno mundial, muchos tengan como primera dedicación echarlo por tierra, como vienen haciendo algunos de los que más critican que no se afronten los problemas globales (también otros aportan lo suyo en esa tarea, por supuesto). Y el cambio tiene que ser para reforzar su carácter universal y centralizado.

Tampoco puede ser que cuando un continente como **Europa**, donde hasta hace 75 años hemos estado comportándonos como tribus, más o menos primitivas pero con armas de destrucción casi masiva, inicia un **avance hacia su integración** en una unidad superior sobre bases como la democracia participativa, la armonización de las instituciones políticas de cada país, el respeto de los derechos humanos, la libertad individual y el respeto por las de todos los ciudadanos (el imperio de la Ley) y la creación de un estado de bienestar que es el más consistente del mundo, vengan unos u otros a combatir esa unidad superior, ni siquiera aunque se argumente que **se quiere más de cualquiera de esas bases**. Eso es lo que se ha hecho y se hace hoy por tirios, troyanos, fenicios y cartagineses, por mucho que a algunos se le llene la boca de... lo que sea. **El trabajo por conseguir mejorar algo no puede poner en peligro lo conseguido antes**. Un trabajo que no puede ser nada fácil cuando la diversidad es de tal forma que hay tantos idiomas como guerras han sufrido sus habitantes, cuando la mezcla de poblaciones ha seguido casi siempre a esas guerras, cuando las

culturas, las creencias, las tradiciones (incluso jurídicas), las sociedades creadas... la ciudadanía, en definitiva, es tan variopinta que en bastantes lugares es imposible trazar una frontera sin dejar a un pequeño núcleo de personas diferentes aislado dentro del conjunto de otras, por reducido que sea este conjunto.

Acerco un poco más el objetivo sobre un país que, solo por el hecho de que **no pudo cortarle la cabeza a un rey o a un dictador** en su momento (no sé si tiene que haber siempre algún momento para ello, pero muchos parece que lo tienen como objetivo vital para sus cortas miras de realización personal), parece condenado a no tener tranquilidad para poder **acomodar sus pasos a los de los demás europeos**, con los que aspira a crear esa unidad tan difícil, al menos, como la nuestra. Y con semejante mezcla de orígenes, creencias, culturas, vidas e intereses, todavía existen los integristas que quieren la pureza y la ponen por delante de la construcción de una sociedad que trabaje en cooperación por el futuro de todos los europeos y, a través de esta unidad superior, aporte a la gobernanza universal las premisas que han inspirado nuestra propia construcción.

España llegó hace unos cuarenta años a un acuerdo en el que la gran mayoría de su población reconoció sus diferencias y los conflictos que las estaban exacerbando y decidió que, en adelante, **el método para dirimirlas excluía el uso de la fuerza y la marginación de cualquiera de las partes**, el mismo que se aplicaba en la Europa que se estaba integrando. Hubo minorías diversas que no aceptaron en principio ese acuerdo, algunas de las cuales fueron integrándose en él paulatinamente (yo formaba parte de una de ellas), mientras que otras seguían resistiéndose. En mi opinión, con el 15-M se inició la fase de integración de las últimas, que se extiende todavía. Tal y como están hoy las cosas, no sé si se culminará esa integración o reincidiremos en antiguas andanzas.

En este momento de la que seguro será denominada por la Historia la crisis más grave desde la guerra incivil de los años 30 del siglo anterior, el enfrentamiento, la polarización, el guerracivilismo, la demagogia y la atribución al otro de intenciones que, por supuesto, rechazamos puedan habitar en nosotros mismos se han enseñoreado de tal forma entre los dirigentes políticos (puede discutirse la mayor o menor participación de una buena parte de las bases de cada uno de ellos) que es difícil encontrar **posiciones moderadas, respetuosas** y dispuestas a llegar a acuerdos que traten de afrontar los efectos de esta crisis. **Las hay, por supuesto, y en bastantes, tal vez en todos, los espacios del abanico partidario.**

Desde luego que también en buena parte de la ciudadanía, que bien quisiera que el trabajo principal de los dirigentes consistiera en buscar cómo resolver los muchos problemas que se acumulan desde años sobre este país al que la Unión Europea viene reclamando **atención a los cambios estructurales** que se están produciendo en el mundo **y a los grandes problemas de la humanidad** desde hace tiempo, pero con bastante poco éxito. Cambios y problemas que exigen la aportación de todos los segmentos de la sociedad

que crean conocimiento, educación, actividad productiva, puestos de trabajo y riqueza, pero también que proveen de servicios mejores y más acordes con las necesidades del planeta.

También **en España estamos ante un fin de ciclo**, aunque no sé si la sociedad lo entenderá así o seguirá soportando a los que pretenden que elijamos entre una continuidad imposible o, peor aún, un retroceso de ochenta años. Tenemos el ejemplo de la UE que, a trancas y barrancas, en todos los momentos conflictivos alcanza acuerdos para seguir en la senda de construir un espacio capaz de ser una alternativa mejor a las grandes potencias mundiales que presentan sus propios escenarios de dominación, con características que no son las que recogía antes como las europeas actuales. Y entre esos acuerdos se incluye el de tener **una dirección que sepa ser adecuada a los objetivos a conseguir**, que trabaje fundamentalmente por la colaboración y porque las maneras y los métodos de trabajo sean coherentes a ellos. Algo que no siempre entendemos los españoles y, pese a lo evidente, casi nunca los dirigentes políticos, más atentos a aspectos parciales, coyunturales y torpemente estratégicos.

A la espera de ver hacia dónde nos dirigimos, también para estas reflexiones llega el **momento del fin de ciclo** tras un mes de mayo intenso, complejo y de múltiples sensaciones en las que se mezcla algo así como la recuperación de la vida y la preocupación por un futuro más incierto que nunca, pero en el que también puede entenderse que el peligro del coronavirus nos ha puesto ante una realidad olvidada, en la que debemos afrontar con seriedad los grandes problemas que hemos creado en los últimos siglos.

MARTÍN RÍSQUEZ